
Psicología

Tendencias actuales de la psicología

LUIS MARÍA RAVAGNAN

NACIDO EN Bs. AIRES
Se graduó de profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es profesor de introducción a la psicología y de psicología contemporánea en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Ha sido profesor de psicología general en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Ejerció la dirección del departamento de Psicología y Asistencia Social Escolar del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires. LIBROS: Los métodos de la psicología (Ed. El Ateneo, 1948) y Problemas psicológicos contemporáneos (Ed. Nova, 1958). Colabora asiduamente en el suplemento dominical del diario LA NACIÓN. Aparte de diversos trabajos en revistas especializadas, ha publicado artículos en las revistas: Sur, Anales de Buenos Aires, Educación (Ministerio de Educación de la prov. de Bs. Aires), Nosotros, Substancia, Notas, Estudio de Filosofía, etc.

DURANTE las postrimerías del siglo XIX el permanente estado de crisis que afectaba a la psicología se vio particularmente acentuado ante la irrupción de nuevas tendencias y concepciones que parecían iluminar el desarrollo de su incesante problemática, descubriendo perfiles hasta entonces insospechados. La aplicación de métodos que surgían de interpretaciones dispares, postergaba la constitución de una psicología científica ya que los aportes emanados de investigaciones aisladas se diluían en el fárrago de polémicas estériles o de visiones parciales que no lograban precisar el sentido y objeto de esta disciplina. A partir de la labor experimental de Weber, Fechner, Helmholtz, Hering, Delboeuf y Wundt mismo, se había ido preparando una dirección denominada "Nueva" Psicología, cuya temática insistía en los contenidos de conciencia, por lo cual los resultados traían consigo el signo de la mutilación y la amenaza que involucra toda posición unilateral en la apreciación de los fenó-

menos. La "Nueva" Psicología, psicología de *contenido*, contaba entre sus representantes capitales a Wundt, Hering, G. E. Müller, Stumpf, Ebbinghaus, Külpe y Tichener. Sus rasgos típicos, de índole negativa, consistían en la atomización de la vida psíquica, la asociación y yuxtaposición de sus "elementos", la postergación de los factores cualitativos, el desconocimiento de la dinámica psíquica y la aceptación dogmática del dualismo tradicional.

No vamos a insistir aquí en el itinerario de las diversas corrientes que acentúan los errores que hemos mencionado. Esta referencia sólo intenta ser válida en tanto pretende señalar la virada polar que se opera en nuestro siglo, donde nuevas tendencias, afianzadas por la investigación y el experimento, hurgan en el orden de la conducta humana y animal partiendo de ciertas categorías fundamentales acordes con la naturaleza de la concreta unidad viviente y su significación.

Ya en 1894 Dilthey, a través de un enfoque en muchos aspectos valioso, puntualiza los errores de apreciación en las investigaciones anteriores, proponiendo una nueva concepción de la vida psíquica centrada en las nociones de estructura, evolución e historicidad, conceptos éstos que si bien obedecen a la fundamentación científico-espiritual que habrá de proveer esta disciplina, ponen de relieve la primacía del todo sobre las partes, el incremento vital y su carácter dinámico y la continuidad en el tiempo de las intransferibles vivencias personales. Si bien Dilthey invalida toda psicología que desnaturalice las raíces esenciales de la estructura psíquica en su afán por instituir sobre sólidas bases el estudio de las ciencias del espíritu, existen en el itinerario de la época y en los umbrales del siglo XX figuras relevantes que van trazando igualmente nuevos rumbos. Nos referimos a W. James, H. Bergson y F. Brentano, tres nombres de excepción que procuran cimentar, los dos primeros, la unidad y dinamismo de la conciencia y la duración psíquica, y particularmente el último, el carácter intencional de la vida psíquica, iniciando un movimiento de investigación que habrá de cobrar extraordinaria trascendencia en los desarrollos fenomenológicos posteriores de Husserl, Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty. No obstante, a través de la obra de los tres autores mencionados, lo esencial al fenómeno psíquico no ha sido aún expuesto según su naturaleza peculiar. Las reacciones contra una psicofisiología de corte mecanicista va postergando la visión de las

bases neurológicas de la personalidad y, en ocasiones, el excesivo subjetivismo oscurece la consideración de los factores no conscientes y la dinámica instintiva y pulsional, pese a las observaciones clínicas que ya habían irrumpido en las obras de Charcot, Breuer, Pierre Janet y la sistematización de lo inconsciente operada por Freud.

A partir de la primera década del siglo XX florece en los Estados Unidos una dirección que habrá de asumir un aspecto significativo en el cuadro de las psicologías llamadas de "reacción". Se trata del movimiento conductista (behavior) según la orientación que le imprimiera John Watson, tendencia que contenía el propósito de elaborar una psicología científica, sin recurrir a la vida interior y adoptando el modelo de las ciencias naturales. La interpretación y los métodos correlativos se ceñían a lo observable y experimentable, tomando por base la relación estímulo-respuesta en función de los sucesivos condicionamientos operados por el medio y acordando un precario índice a los factores hereditarios. Tal concepción postulaba la atomización y el elementalismo, revelando una visión molecular de la conducta que habría de ser severamente censurada a través de la profunda obra desarrollada por la Gestalttheorie. Afortunadamente, dentro de la dirección conductista investigadores como W. Mac Dougall y E. C. Tolman hubieron de superar la estrecha concepción de Watson, tratando de integrar la conducta dentro de un esquema más amplio capaz de aprehender la articulación interna de la misma y su dirección y finalidad. (Psicología hórmica; behaviorismo teleológico).

Cabe señalar, con marcado énfasis, la obra de Wertheimer, Koffka y Köhler, conjunto de investigadores que integran la Escuela de Berlín, quienes pretenden conciliar la dirección científico-espiritual con la interpretación molecular del conductismo watsoniano. Tal dirección que quiere conciliar los contenidos de las nociones de naturaleza, vida y espíritu, anula las oposiciones que han existido con respecto a los conceptos de cantidad, cualidad, mecanismo, vitalismo y sentido, procurando integrarlos dentro de un mismo sistema, caracterizando a la conducta como un proceso causal que ocurre dentro de un campo de comportamiento donde operan fuerzas y tensiones que afectan al Yo y su medio en tanto se regulan las rupturas de equilibrio entre ambas instancias.

Las tendencias actuales de la psicología ofrecen como signo sobresaliente su carácter dinámico. Tal caracterización supone el manejo de nociones ausentes en la temática tradicional, como ser, tensión, energía, interacción, niveles de conducta, pulsiones, tendencias, condicionamientos, motivación, frustración, etc.

Cabe puntualizar que las adquisiciones fundamentales de la *Gestalttheorie*, su interpretación de la conducta, las relaciones causales entre el Yo y el campo de comportamiento preparan una más amplia imagen de lo psíquico que supera ciertas limitaciones de aquella doctrina con respecto al riguroso ejercicio de la experiencia inmediata. Un representante notorio de esta superación, dentro del marco de una psicología esencialmente dinámica, lo constituye Kurt Lewin. Este investigador quiere elaborar un sistema conceptual que pueda dar forma científica a la conducta y a la personalidad utilizando las nociones de energía y tensión no asimiladas adecuadamente por la Escuela de Berlín. Lewin inaugura así una psicología denominada topológica, expuesta en buena medida en lenguaje matemático, en tanto dichos conceptos puedan expresar con mayor nitidez las características vectoriales del comportamiento.

Lewin reacciona contra toda interpretación aristotélica de la fenomenología psíquica, vale decir, rechaza la inclusión en este dominio de las nociones de clase y regularidad por cuanto tal interpretación dificulta la legalidad científica y las posibilidades de comprensión de lo singular. Por consiguiente, debe eludir también las implicaciones estadísticas en tanto la tipificación soslaya los matices individuales, subsumiendo al sujeto en el orbe de lo general. Tal intento exige un enfoque de tipo galileano que posibilite el ahondamiento en el caso concreto, por una parte y la adecuación al carácter dinámico de la vida psíquica, por otra.

La totalidad que determina la conducta constituye para Lewin el espacio vital psicológico que comprende al sujeto y su situación dentro de una misma estructura. Pero este espacio no se reduce sólo a los factores contemporáneos sino que también allí poseen eficacia el cúmulo de tensiones que operan más allá de la situación unidas a la importante gravitación de los procesos somáticos. Toda conducta tiene lugar dentro de tal espacio vital que incluye la persona y su mundo en torno, constituido éste por prójimos y por objetos que cobran

distintas funciones y valencias, del mismo modo que se transfiguran o cobran realidad hechos sociales inexistentes y aun ideas cuya transformación se opera en la medida de su intersección en el orden de la locomoción. De este modo, la vida psíquica expresa un conjunto de sistemas en tensión cuya vocación secreta es restaurar el equilibrio. Este equilibrio puede lograrse mediante las descargas de energía, pero dichas descargas pueden tropezar con obstáculos que constituyen barreras, sean de índole física, social o conceptual capaces de determinar frustraciones y conflictos. El conflicto ya muestra la configuración topológica del espacio vital psicológico, es decir, la existencia de zonas, estratos o niveles a los cuales el sujeto puede transferir sus fantasías, sueños, deseos, etc., evadiéndose del plano de la realidad e instalándose en una zona irreal cuya distinta estructura permite la liberación o gratificación pulsional. El plano de lo real es rígido y consistente; el plano de lo irreal es plástico y fluido; la diferenciación y transiciones entre ambos varían notablemente en el niño y el adulto.

Dentro del espacio vital psicológico está el sujeto caracterizado por Lewin como persona. La persona es una región con una estructura y diferenciación específicas ya que comprende un conjunto de sistemas, subsistemas y regiones, de acuerdo a las etapas y características de la evolución ontogénica. Con rasgos un tanto groseros podríamos señalar que ella posee una zona intrapersonal y una zona periférica. Esta última integra la capa perceptivo-motriz, que actúa como puente entre la zona intrapersonal y el campo. Así, la zona intrapersonal influye en el contorno a través de la perceptivo-motriz y a su vez, por su mediación, el campo influye sobre la zona intrapersonal. En la zona personal el sujeto canaliza una determinada tarea ya que no es posible admitir la descarga de todos los sistemas, y si bien dicha región es unitaria, en el plano de la acción está vedada la manifestación total de los sistemas puesto que ello produciría actitudes caóticas. Aún dentro de la zona intrapersonal se diferencian regiones, centrales y periféricas, vinculadas al potencial energético de las tensiones; diferencias éstas que permiten justificar las características personales en relación con la solidez de los límites que separan las regiones.

La dirección de las necesidades, apetencias, aspiraciones, etc., las representa Lewin como vectores, que señalan la orientación que rige dinámicamente la conducta. Por consiguiente, la personalidad involu-

cra un juego de tensiones que pueden obedecer a motivaciones actuales o profundas, por donde se torna manifiesto que la concepción de Lewin se aproxima a las teorías psicoanalíticas rebasando de este modo el cerco de la experiencia inmediata que las direcciones subjetivistas y la Escuela de Berlín habían impuesto, si bien con diferencias de matiz, como frontera sistemática en el ejercicio de la conducta.

Las observaciones clínicas de Charcot, Pierre Janet, Breuer y Freud mismo, fueron consolidando desde el siglo XIX la constitución de una orientación psicológica llamada "profunda", cuya sistematización fue obra de Freud, capital representante de la Escuela de Viena. Con esta tendencia se procuró superar las insuficiencias de la psicología de conciencia, expresando que la vida psíquica, compleja estructura dinámica, ofrece una dimensión longitudinal que exhibe planos, niveles, estratos que trascienden la esfera consciente.

Freud señala la legitimidad y eficacia de los contenidos inconscientes, factores capitales del "aparato" psíquico, que presenta, según su segundo esquema de la personalidad, tres instancias diferenciadas: el Yo, que por una de sus caras consolida la capa perceptivo-motriz y por la otra, se sumerge en lo inconsciente que fuera su cuna originaria; el Ello, que constituye lo inconsciente mismo, y el Super Yo, formación reactiva que sufre en una época determinada de la vida infantil (período de latencia) por asimilación e introyección de normas y códigos de moralidad y control.

El sistema de Freud, que enunciaremos aquí por su perduración significativa en nuestro siglo como importante concepción de la personalidad, caracteriza una dinámica, una tópica y una económica. Dinámica, por la incesante movilidad de las representaciones; económica, por el juego de cargas y contracargas que rigen el equilibrio o los desequilibrios de la personalidad, y tópica, por su estratificación singular de niveles cada uno de los cuales reserva caracteres, contenidos y propias limitaciones. Lo inconsciente, que coincide con la indiferenciación primaria del individuo, es, por naturaleza, caótico, sexual, atemporal, alógico y rige en él el principio del placer. Es sede de pulsiones, instintos y experiencias arcaicas. Tales contenidos son repri-

PSICOLOGIA

midos en su mayor parte por contracargas y sistemas de inhibición que se oponen a su libre acceso y gratificación, lo cual llega a ser causa determinante de hondos problemas de conducta. La teoría de las neurosis que nos brinda Freud se fundamenta en las relaciones existentes entre los factores que hemos señalado y, particularmente, en una determinada concepción de la vida instintiva modificada en el curso de las experiencias clínicas superando así la excesiva reducción al plano sexual, según se expresaba en la primera época.

La doctrina freudiana auspicia un método de curación cuyo material lo constituyen los mecanismos de defensa, los sueños, los síntomas somáticos, asociaciones libres, etc., procurando la adecuada interpretación y más especialmente el advenimiento de una experiencia emocional correctiva suscitada en la relación paciente analista en tanto se cumple el proceso de la transferencia.

La teoría denominada psicoanalítica, genial concepción que surgió de la mente de Freud, va siendo superada en algunos de sus aspectos unilaterales mediante la obra de investigadores próximos a nosotros quienes han intentado modificar ciertas implicaciones etiológicas acerca de los trastornos de conducta, descubriendo nuevos factores y aspectos determinantes, de acción eficaz en tanto causa primaria de los conflictos.

Ya con Adler y Jung se caracterizan nuevas doctrinas, destacando el primero ciertos rasgos inherentes a la naturaleza humana que muestran una urgencia por contrarrestar los sentimientos de insuficiencia y el incesante impulso hacia la virilidad, con el propósito de indicar que la clave de bóveda de las neurosis no es precisamente lo sexual sino la insistente aspiración por llegar a ser más y donde la libido cobra sentido en función del "estilo de vida" que se perfila desde los primeros tiempos de la vida infantil bajo el significativo influjo de las minusvalías orgánicas y las dosis afectivas que encierran el mimo y el odio.

Por su parte, Jung, hubo también de rechazar el criterio universalista de las interpretaciones freudianas. Lo que modela el carácter infantil es la efectividad; de tal modo, la interpretación genética centrada en los instintos y que parte de una libido originaria, sólo puede ser válida para Jung en tanto se transforme en interpretación funcional, capaz de señalar el factor agente y las relaciones afectivas con-

comitantes entre padres e hijos. Además, el espíritu humano trasciende los límites de la subjetividad ya que posee reminiscencias arcaicas que obligan a admitir una psique colectiva presente en cada hombre y de carácter suprapersonal e impersonal.

La dirección psicoanalítica en renovada progresión registra en la investigación contemporánea los nombres de Sullivan, Rank, Alexander, Horney, Fromm, para citar los más significativos, quienes han destacado nuevas raíces etiológicas en la enfermedad y sus vínculos con la angustia y la situación edípica, procurando emanciparse de los esquemas universales y haciendo intervenir factores de índole cultural y particularmente social cuya incidencia en la conducta normal o patológica corrobora la experiencia clínica y la asimilación de nociones de naturaleza evolutiva que intervienen en la integración misma de la personalidad.

Una tendencia de honda significación en nuestro tiempo surgida de las investigaciones del fisiólogo ruso Ivan Petrovich Pavlov, auspicia una interpretación reflexológica de la vida psíquica. Este investigador, trascendiendo todo dualismo, ha elaborado una explicación unitaria y armónica de la conducta y de los procesos evolutivos que van consolidando la personalidad, partiendo de la conexión que se establece entre los reflejos incondicionados y condicionados. Aclaremos previamente que “un reflejo incondicionado es una conexión nerviosa permanente entre un excitante preciso, inmutable y una acción bien determinada del organismo; en cambio, un reflejo condicionado es una conexión nerviosa temporaria entre uno de los innumerables factores del ambiente y una actividad bien determinada del organismo”.

Pavlov provee un método objetivo que ha llegado a instaurar en nuestro tiempo una psicología científica basada en la actividad superior del sistema nervioso. La corteza cerebral asume así un papel dominante, centro de control de las relaciones existentes entre el organismo y el mundo exterior. B. M. Teplov de la escuela rusa actual señala que el cerebro humano *refleja* el mundo exterior lo cual, utilizando sus palabras, significa: “que la actividad psíquica es actividad nerviosa

superior y que los procesos psíquicos son inseparables de los procesos cerebrales; que la actividad psíquica es la actividad refleja del cerebro; nuestras sensaciones, percepciones, conceptos y pensamientos son imágenes del mundo material. La actividad psíquica, como todas las otras formas de actividad viva está determinada por las condiciones de la existencia del organismo. La psique humana y la conciencia están primaria y decisivamente determinadas por las condiciones sociales de la existencia. De donde la conciencia es un producto social”.

El reflejo condicionado señala las conexiones que se establecen entre el cerebro y el mundo, serie de mecanismos que van acreditando el conocimiento de la realidad exterior. El reflejo condicionado más elemental ya establece una conexión entre la *señal* (agente indiferente) y el estímulo que es vital y está referido al reflejo incondicionado, vale decir, innato y absoluto. Esta conexión reserva un carácter temporario y exige el cierre de un circuito donde operan los analizadores corticales de los estímulos condicionados e incondicionados. No obstante su carácter temporario, la conexión puede transformarse en estable a través de las generaciones acrecentando así el elenco de reflejos incondicionados.

La *señal*, distinta del símbolo, constituye un elemento indiferente para el organismo antes de su conexión, pero es capaz de producir un reflejo absoluto si se vincula a un estímulo absoluto. Ahora bien, esta señal, en tanto directa, es común al animal y al hombre como puede ser una luz o el sonido de una campanilla captados sensorialmente, pero sólo el hombre es capaz de poseer un nuevo sistema de señales, la palabra, el lenguaje en suma, abstracción con respecto a la realidad puesto que resume las señales primeras y sus relaciones objetivas. Mediante el lenguaje el hombre designa objetos y construye conceptos al acentuar los rasgos comunes de dichos objetos. El primer sistema de señales es la estructura básica; el segundo sistema de señales se desarrolla a partir de él y “representa el sistema regulador de la conducta humana”.

La perduración de las conexiones condicionadas o su desaparición se halla vinculada a dos procesos fisiológicos de la corteza cerebral; son los procesos de excitación e inhibición, ambos en relación antagónica y que participan en las funciones analíticas y sintéticas del cerebro cortical. Los primeros vinculados a los analizadores y a las

múltiples excitaciones del mundo; los segundos en relación con las estructuras complejas de las actividades superiores del pensamiento.

La inhibición constituye una especie de bloqueo frente a las excitaciones internas o externas. A través del juego de ambos procesos se consolida el contenido mismo de las operaciones corticales y su extraordinaria complejidad.

Las teorías de la escuela rusa consideran a la corteza como el lugar de reflexión de todas las estimulaciones sean ellas internas o externas. Tal concepción habrá de brindar, a lo largo de la serie de recientes desarrollos de discípulos y partidarios, una nueva imagen de las funciones psíquicas, de la conducta humana y animal y de la integración de la personalidad, señalando importantes vías de enfoque que surgen de la relación existente entre el sujeto y su contorno y proveyendo interesantes datos para la patología ya que existe una vinculación entre la zona cortical y los sistemas viscerales, hecho éste que brinda la posibilidad de una terapia basada en las funciones de inhibición y regulación cortical.

Con marcados relieves va cobrando preponderancia en la época actual una dirección caracterizada como neuropsicológica que carga el acento en la correlación existente entre el hecho psíquico y la constitución neurofisiológica cuyo punto de incidencia radica en el sistema centroencefálico. Ya la Escuela de Montreal le había asignado una importancia capital al sistema reticular activador ascendente en el mantenimiento del estado de conciencia por medio de las vías aferentes (sistema Magoun).

Existe una notoria conexión entre las reacciones vegetativas y el orden visceral y entre la vida emocional y las configuraciones neurofisiológicas. En dichas integraciones interviene el sistema límbico que está referido al organismo en totalidad. La afectividad del sujeto mantendría estrecha relación con un circuito situado como nivel intermedio entre el diencéfalo y la corteza de la convexidad. De tal modo, el sistema límbico que se va estructurando en el curso de la vida humana posee una eficaz intervención en el plano visceral y en las manifestaciones de la vida emocional.

Según Rof Carballo, Barraquer Bordas, Penfield, y numerosos investigadores, en el cerebro interno daría comienzo el ciclo complejo que denominamos emoción. Allí se centralizan una serie de componentes que el primero de los nombrados ha enumerado del siguiente modo: a) impresiones de índole especial no diferenciadas en analizadores procedentes de los órganos de los sentidos y de la sensibilidad general del resto del cuerpo; b) impresiones vegetativas viscerales; c) regulación de la actividad del resto de la corteza; d) complejos muy elaborados sobre la integración del esquema corporal; e) informaciones y regulaciones cinéticas y reproducción mimética de la actitud y fisonomía del prójimo que al influir sobre el esquema corporal nos permite comprender sus sentimientos; f) esbozo de la expresión verbal de la palabra como substrato de la actividad verbal infinitamente más desarrollada en la corteza y, finalmente; g) el caudal mnémico que registra la historia personal.

Esta concepción supone, desde luego, un punto de partida fundamental, a saber, la unidad estructural del viviente, que lejos de ser un hecho de interacción causal, según las interpretaciones clásicas, es más bien un ensamblaje somático-anímico. La unidad estructural es así el fundamento inicial y asegura la continuidad, coherencia y persistencia de la dimensión temporal del hombre.

Esta tendencia contemporánea procura puntualizar las bases neurobiológicas de la personalidad y su simbiosis con lo psíquico insistiendo en la necesidad del conocimiento de la estructura anatómica y funcional del cerebro para señalar la posible interpretación de los trastornos psicopatológicos y psicosomáticos y particularmente del dinámico control armónico que alienta en la personalidad normal.

Una neta reacción contra la psicología tradicional y determinadas concepciones contemporáneas que llevan consigo vicios originarios y especialmente, contra todo tipo de psicología que se limite al mero registro de *hechos*, sin pulsar la significación de los mismos, lo constituye el importante movimiento que se caracteriza como psicología fenomenológica. En esta dirección late una vocación fundamental: la búsqueda de lo universal tras lo individual y la aspiración por ci-

mentar una antropología que supere los planteos unilaterales y “donde todas las disciplinas psicológicas puedan beber allí como en su propia fuente”.

Nacida de la mente de Husserl en la medida que este pensador trazara el itinerario de una filosofía fenomenológica, ha precisado netamente su temática al asignarle a la psicología como objeto propio el estudio de la conciencia empírica, vale decir, de la conciencia adscrita a un cuerpo, “conciencia encarnada”, en íntima relación con el mundo.

La psicología fenomenológica quiere aprehender lo esencial al fenómeno psíquico, fenómeno que irrumpe a partir de una unidad solidaria entre lo anímico y lo corporal, “sin fronteras en la existencia”, y ensamblada en un mundo que constituye el mundo fenomenológico de la experiencia inmediata. La conciencia se interpreta emancipada de toda implicación sustancial. La trascendencia es su nota fundamental ya que ser sujeto significa “existir *en* la trascendencia y *como* trascendencia”. La conciencia no es una entidad. Conciencia es conciencia de... y en esta dimensión intencional se agota todo su ser. Conciencia y mundo se determinan así recíprocamente y toda consideración dualística, en cualquiera de los órdenes, es el fruto de una dialéctica que por su índole abstractiva acarrea la pérdida y enajenación de la peculiar esencia de los fenómenos.

Sartre y Merleau-Ponty han insistido particularmente en caracterizar a la conducta como una posición asumida en totalidad e inseparable de la situación, mostrando que la cabal interpretación del fenómeno psíquico exige un examen exhaustivo de las nociones *hombre, mundo y estar-en-el-mundo*. Sólo partiendo de esta estructura “anterior a todo comportamiento”, es posible aprehender la significación de los actos que ocurren bajo el signo de una triple relación: entre presencias, consigo mismo y con los otros (Heidegger).

La dimensión social de la conducta cobra así relieves extraordinarios sistematizando los aportes del siglo XIX y la caracterización que nos brindara sagazmente W. James a propósito del Yo Social. “Somos un Yo por y con los otros” y para lograr lo esencial de nuestra intimidad es preciso la mediación del otro. La comunicación, que se cumple a través del diálogo, patentiza estas aperturas y revelaciones

PSICOLOGIA

recíprocas, la copresencia y coexistencia en una misma intención. El otro tiende un puente sin el cual se cercena la posibilidad de un sí mismo.

La fenomenología es un retorno a lo concreto, retorno que impone instalarnos en el plano de la percepción. Merleau-Ponty a través de sus obras: *LA STRUCTURE DU COMPORTEMENT* Y *PHÉNOMENOLOGIE DE LA PERCEPTION*, señala la necesidad de comenzar por un estudio fenomenológico de la percepción, instaurando una nueva concepción de este proceso a la luz de los aportes de la Gestalttheorie, de las observaciones clínicas y las investigaciones de la moderna biología y fisiología en tanto trascienden las concepciones unilaterales y mecanicistas. La conducta sólo puede ser interpretada en virtud de la simbiosis: unidad psicofísica-mundo. Todo comportamiento, sea corporal o mental compromete la totalidad del ser viviente. Aun aquellas reacciones que conciernen al organismo, por elementales que se las suponga (reflejos) llevan el sello de la totalidad psicofísica.

Los planteos de la psicología fenomenológica brindan una nueva concepción del esquema corporal, opuesto a las conclusiones de una psicología subjetivista y una fisiología abstracta. El cuerpo, en tanto cuerpo vivido es un cuerpo fenomenal que se erige como pivot del mundo en todas las instancias del existir. Solamente cuando el cuerpo se convierte en el eje de consideraciones teóricas, cuerpo pensado, cuerpo idea, puede ser interpretado como un objeto y entonces, ya inerte y vacío, abandona su cuna natural y pierde su significación.

Mediante esta dirección que promete cada día mayores adquisiciones y una elaboración epistemológica de fructíferos resultados, toda la temática de la psicología tradicional, en el itinerario que parte de Aristóteles y aún antes en las remotas actitudes mágicas de Oriente, se viste con un nuevo ropaje que exhibe una transfiguración total de los errados y unilaterales enfoques, tratando de interpretar la conducta como un fenómeno *significativo* inseparable de las instancias connaturales que lo acreditan como tal.

Todo el material acumulado hasta aquí quizá fuera ya suficiente para abonar el coherente desarrollo de un movimiento denomina-

do Psicología Clínica que cuenta con innumerables representantes e investigadores. Y hablamos de acumulación por cuanto la psicología clínica procura interpretar la conducta, en todas sus manifestaciones, a partir de un enfoque pluridimensional.

Este movimiento expresa una profunda reacción y polémica contra la errada desviación que hubo de derivarse de la psicología denominada de las diferencias individuales, por una parte, y por otra, del unilateral estudio del comportamiento, causa evidente de las renovadas crisis de la psicología. La conducta humana, según esta orientación, debe ser interpretada de acuerdo con una constelación de factores, cada uno de los cuales reserva especial significación ya que ninguno de ellos puede ser descuidado sin alterar la interpretación de la misma. La conducta se configura así como la serie de operaciones de un organismo psicofísico en situación, en virtud de las cuales responde como un todo organizado con el fin de restaurar el equilibrio amenazado por fuerzas tensionales que se derivan de la interacción existente entre el sujeto, sus requerimientos, posibilidades y las presiones y exigencias del medio. (Lagache).

La psicología contemporánea, ciencia de significaciones, quiere partir de lo concreto. Lo concreto es la unidad originaria con su fisonomía dinámica y su estratificación. Aún aceptando la psicología de los tests, sean ellos de aptitudes o técnicas proyectivas, aún valorando los análisis factoriales que tanto incremento han cobrado en nuestros días, la dirección clínica trata de aprehender el coeficiente personal en forma cualitativa (aplicación clínica de los tests) procurando determinar los factores específicos que caracterizan las modalidades de cierta personalidad donde cada uno es precisamente un "sí mismo y no otro". La no comprensión de esta premisa fue el funesto error de la psicología de las diferencias individuales que a pesar de su intención despreciaba esas mismas diferencias en el cuadro de la tipificación. Por ello la actitud contemporánea insiste en el fenómeno concreto e intransferible propio de *una* personalidad normal o enferma, aceptando todas las líneas de investigación, todas las aproximaciones posibles, considerando al sujeto como un ente único, individual y cuya investigación exige tomar nota de las múltiples instancias que gravitan en su conducta: el organismo, la historia personal, las motivaciones actuales y profundas, la situación, la valoración otorgada a los

PSICOLOGIA

objetos del campo, sus experiencias significativas, etc. etc. Tal criterio obliga a adoptar todas las técnicas que permitan la eficaz exploración, sean ellas de mera observación, introspectivas, psicoanalíticas, microsociológicas, técnicas proyectivas, análisis factorial, etc.

La psicología contemporánea rehabilita la experiencia inmediata, rehabilitación que se torna evidente aún en la dirección reflexológica (Teplov); tampoco descuida, en absoluto, las bases biológicas y neurofisiológicas de la personalidad y carga el acento en la relación social que señala uno de los factores dinámicos de la estructura psicológica ya que todo ser humano es parte integrante de un grupo que supone enlaces "explícitos y recíprocos".

La diversidad de escuelas y de tendencias vigentes con mayor profusión en el curso de los siglos XIX y XX han ido, no obstante, señalando paulatinamente notas de permanencia que fueron resistiendo las crisis de los últimos años. Ahora, en virtud de arduas y tesonerías investigaciones, de las reiteradas observaciones clínicas, de los estudios sobre psicología animal y los datos aportados por la patología, se ha logrado instaurar una psicología dinámica que abraza la totalidad del ser vivo fundido en un mundo en torno de extraordinaria gravitación en la conducta, particularmente en su dimensión social. Las impotentes conquistas de la fisiología, biología y neurología; los aportes de la filosofía y la exploración en el orden sociológico, permiten fijar las sólidas bases de una psicología científica, mejor aún, de una genuina antropología plena de lucidez y coherencia en cuanto a la aprehensión de su objeto y su significación.